

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 40
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

LAS ELECCIONES EN INGLATERRA (1).

Si los hombres conociesen á fondo y por sí mismos, todo lo que aman ó admiran, los órganos del amor y de la admiración como diría un frenólogo, no tendrían en su cráneo mas grueso que el de una lenteja, cuando el de la indiferencia llegaría á adquirir el volumen de una lupia monstruosa. ¡Ay! yo me aplico el primero á mí mismo este aforismo desconsolador: todos cuantos objetos he amado y admirado, excepto uno solo, han perdido bien pronto sus derechos á estos dos sentimientos, en cuanto los he colocado al frente de ese lente aminorador, que se llama observación.

Entre los objetos que no me han dejado mas que el pesar de haberlos conocido, figura en primera línea la Inglaterra y su constitucion política: cuanto habia leído y oído referir de ese país, me habia entusiasmado, hasta tal punto, que estaba poseído de una anglomania furiosa. El mas íntimo y el mejor de mis amigos, estaba muy contristado al verme en semejante estado, por que veinte veces habíamos llegado á punto de indisponernos para siempre con nuestras continuas y acaloradas disputas sobre la preeminencia de la Inglaterra con respecto á la Francia ó de la Francia sobre la Inglaterra. Yo sostenia siempre que en Inglaterra la civilización estaba adelantada cincuenta años mas que en las demas naciones de Europa, pero mi amigo, hombre de entendimiento y juicio recto, encontró el medio de curar el mal en su raíz. Me aconsejó un viaje á Inglaterra en la época de las elecciones, y me dió cartas de recomendación para un rico comerciante holandés, llamado Mr. Van-Krooeck, establecido en Londres ya hacia treinta años.

Héme, pues, en la capital de los tres reinos, en la ciudad de un millon setecientos mil habitantes, en el emporio del mundo entero, en el asilo sagrado é inviolable de la libertad humana. Este último privilegio sobre todo, exaltaba mi imaginación de tal modo, que al pasearme por las espaciosas calles de Londres, me sentía ágil y espedito como un hombre que acaba de quitarse las cadenas que oprimian sus manos y sus pies. Al tercer día de mi llegada, el holandés á quien habia sido recomendado, me condujo á las elecciones de la Cité. Como vivia en el extremo opuesto de la población, tuvimos que andar mucho, de cuya circunstancia quiso aprovecharse para dar principio á sus observaciones, y á mi instruccion acerca de los ingleses y de la Inglaterra.

—Todos esos hombres que veis caminar silenciosos por las aceras, me dijo, llevan marcada en su semblante la expresion del sentimiento, que es el origen de sus vicios y de sus virtudes, el orgullo espantoso, inmenso, sin igual. El inglés, caballero, ama á su rey como á un amigo, pero no quiere reconocer mas señor que las leyes, á cuya formacion ha contribuido él mismo. El inglés desprecia profundamente á todos los pueblos que conceden á un hombre una libertad ilimitada, para vivir luego sujetos todos á sus órdenes como unos esclavos.

—Efectivamente, contesté, la posicion de las naciones que tienen gobiernos absolutos es muy digna de atención: inspiran continuamente terror á su tirano, y al mismo tiempo tiemblan ante su poder que creen de origen divino.

—Esa contradicción es tan cierta como singular, respondió el anciano holandés, pero tambien se encuentra en Inglaterra aunque bajo otra forma. Aquí resuena en todas las asambleas la palabra libertad: millares de hombres se hallan dispuestos á morir por ese nombre, cuyo sentido comprenden muy pocos. Por otra parte, la libertad es aquí privilegio de los ricos, y nada mas que de los ricos: el pobre obrero habla de ella con un lenguaje digno de Catón ó de Bruto, se constituye en centinela y defensor suyo, pero jamás la conocerá. El único día en que puede ejercer esa magnífica libertad, es el de las elecciones, y ese día la vende por algunos jarros de cerveza y tasajos de vaca, ó por algunos echellings.

—¿Y ese indigno tráfico es tan cierto y tan general como se dice?... exclamé mirando atentamente á mi interlocutor.

—Ciertísimo y muy general, me contestó sonriendo. Caballero, no por eso debeis imputarlo como un

crimen al pobre pueblo inglés: durante siete años tiene el placer político de hablar de su libertad: pero solo cada siete años, en la época de las elecciones, tiene el gusto mucho mas sólido de beber buena cerveza y comer vaca. Pasábamos entonces justamente por enfrente de una taberna, en la cual habia varios electores sentados en una mesa, con los naipes en la mano, entre toneles y jarros enormes.

—Mirad, me dijo mi cicerone, esos que veis están jugando con la mayor seriedad sus votos por unos jarros de cerveza.

No tardamos mucho en llegar á un espacioso y sombrio edificio que me parecia una cárcel.

—No os engañais, me dijo Mr. Van-Krooeck, esa es la prision por deudas. Ved á ese desgraciado deudor, que está conversando por detrás de los hierros de la reja del piso bajo, con esos dos hombres que parecen estar muy animados: ¿quiereis escuchar algunos instantes su conversacion? Puede apostarse diez contra uno á que hablan de elecciones, y discuten segun sus miras las probabilidades y méritos de cada candidato.

—Con mucho gusto, le respondí, mas para que no se aperciban de que los escuchamos, parémonos junto á los escaparates de esa tienda de estampas, como para examinarlas y comprar algunas.

Uno de los interlocutores del preso por deudas, era un mozo de cuerda, y el otro un soldado de marina que

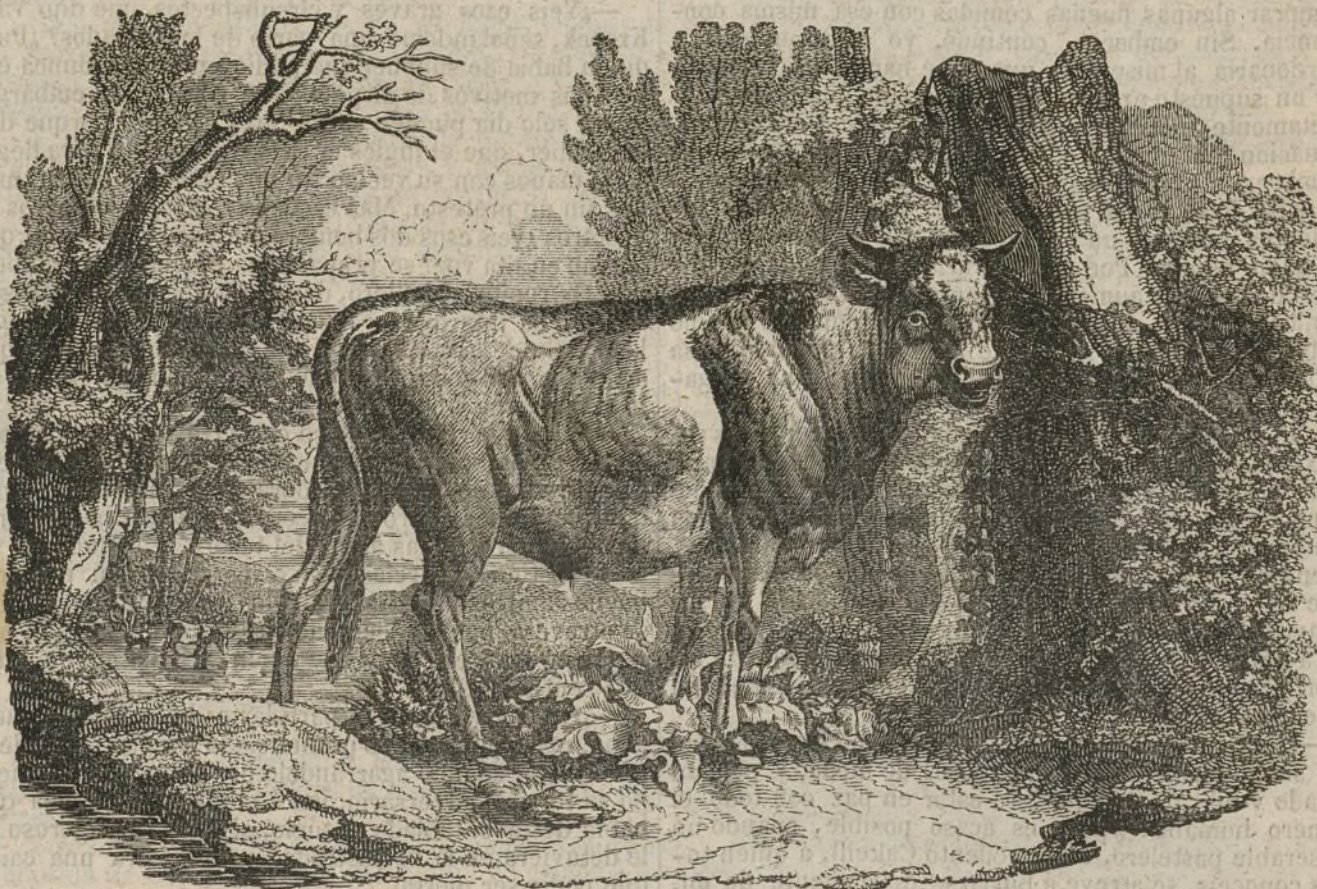
de defender? Mi coronel lord Leveson seria mucho mas digno de ser elegido, porque deja al soldado saquear á discrecion las plazas tomadas por asalto, robar las mugeres, é incendiar los edificios. Dicen que detesta al pueblo, y quiere á toda costa sostener los privilegios de la iglesia; pero se hace querer del soldado por la libertad que le concede fuera de la vieja Inglaterra. ¡Hurra por él!... Cuando se presente como candidato le daré mi voto en voz tan alta, que valga por diez; ahora no voto por nadie.

Y diciendo esto los tres políticos se separaron, bien convencidos de la sinceridad y desinterés de sus principios.

—Acabais de apreciar, me dijo entonces Mr. Van-Krooeck, sonriéndose en su justo valor, el profundo conocimiento de los ingleses en materia de libertad. Para el deudor insolvente, el diputado mas liberal será el que le abra las puertas de su prision; el mozo de cuerda y el soldado no tienen una balanza mucho mas justa para pesar el mérito del candidato de su eleccion.

Manifesté á Mr. Van-Krooeck mucha estrañeza por lo que acababa de oír.

—Caballero, esos tres hombres son unos pobres diablitos á quienes la opresion de la miseria parece menos insoportable que la de la aristocracia; su opinion no es mas que una escepcion y hélo ahí todo. Sin duda hay



Primer elemento electoral en Inglaterra.

tenia en la frente la cicatriz de una enorme cuchillada, lo que conocimos por el traje del primero, y el uniforme un poco raído del segundo.

—Amigos míos, les decía el preso por entre los hierros de la ventana; yo solo temo por nuestra libertad, y si de aquí á una hora pudiese salir para ir á votar, daría mi sufragio al candidato cuyas opiniones fuesen mas avanzadas en favor de la libertad del pueblo.

—¿Esperas salir tan pronto de la cárcel? preguntó el soldado.

—Sí, contestó el prisionero, pues que sir Colingbrooke que conoce mi modo de pensar, debe haber pagado ya la suma por que me tienen aquí. ¡Oh! sir Colingbrooke es un radical ardiente, amigo de la libertad; lo repito, mi voto le pertenece.

—Por lo que á mi hace, dijo el mozo de cordel, quiero el bien del pueblo, y como mi hija y yo somos del pueblo, quiero el bienestar de ambos. Ahora bien, el competidor de sir Colingbrooke, M. Larcker, rico comerciante, como sabeis, ha prometido á Hary Jenskins, novio de mi hija la plaza de guarda-almacen en su casa; eso vale cincuenta libras esterlinas cada año, lo cual nos puede colocar en una posicion muy desahogada. Ya podeis comprender, amigos míos, que mi voto no puede pertenecer á otro que á Mr. Larcker, bienhechor del pueblo y de mi familia.

—¡Buena!... exclamó el soldado; eso si que es hablar estúpidamente. Es preciso no haber quemado jamás un cartucho, ni mellado un sable en la calva cabeza de un chino, para dar su sufragio á dos plebeyos, con preferencia á un intrépido militar. Y yo os pregunto ¿á quién corresponde hacer leyes sino á los que las han

que suponer mas elevacion y delicadeza en la generalidad, no es así?

—De eso juzgareis bien pronto, caballero, dijo Mr. Van-Krooeck meneando la cabeza; ya llegamos.

En efecto, despues de un cuarto de hora de marcha, hirió nuestros oídos un rumor de voces humanas, aunque lejano, formidable. A medida que nos íbamos aproximando, aquel bullicio aumentaba su intensidad, y distinguíamos perfectamente la risa desordenada, el dolor, las imprecaciones y los lamentos; mas el oírlo no era suficiente; era necesario verlo. ¡Gran Dios, qué espectáculo se ofreció á nuestras miradas!

—Caballero, le dije á mi cicerone neerlandés, lo que aquí se prepara no es una operacion política: estamos como en una feria, en medio de traficantes atestados de cerveza, que se despedazan mutuamente sin saber por qué. Os confieso que este espectáculo no es nada divertido.

—Pero si instructivo, caballero.

Entramos con mucho trabajo en una de aquellas posadas-café-fondas, á que los ingleses llaman tabernas.

Unas mesas muy largas, estaban cubiertas de cadáveres de toda especie de animales, amontonados como los materiales de una casa que se principia á construir. Jamás habia visto una destruccion de seres animados, tan considerable, tan variada y tan capaz de quitar el apetito, á cualquiera que no sea inglés.

—Hé ahí otra de las costumbres de este país, caballero, me dijo entonces Mr. Van-Krooeck. No hay en el mundo un pueblo tan comilon como el inglés, ni tampoco festividad en que coma mas que en el momento

en cierta na observa- las conver- impliment- pensable ha- po. an dosis de o, hallamos los decretos un sol abra- le frescura nos niega del invierno verano. Y a muy humilde, tmosféricos, garán acaso, todo el mes días del si-

constancia de ser los viajeros como los miembros de una gran familia, que comen y duermen juntos—en- tiéndose todo en buen sentido—y que juntos van á parti- cipar del magnífico espectáculo que ha de ofrecerles la opulenta Londres, y el soberbio palacio de cristal, que en un día de tormenta ha prestado cómodo alber- gue y desahogada habitación á trescientos mil gorriones.

A todo esto, casi nos vamos olvidando de que escri- bimos una Revista de Madrid, pues divagando por Lón- dres y por alguno de los sitios reales, tanto tardamos en penetrar en los muros de la ciudad mantuada, que no parece sino que venimos á ella por el ferro-carril de Aranjuez. Y es que como por tanto tiempo tenemos abandonada nuestra costumbre, en otro tiempo asidua, de hacer algunas escursiones por Madrid en las colum- nas de LA SEMANA, nos encontramos con un retraso de camino que no sabemos como vencer, y de que, fran- camente hablando, debemos imputarnos la culpa.

Por ser ya muy atrasada la noticia, no diremos á nuestros lectores que la cuareisma pasó, pasando con ella la Semana Santa, en la que todo el mundo asegura que ha sido grande la devoción y el recogimiento. Si como venimos diciendo, no fuera ya tarde para ocupar- nos de este asunto, algo se nos ocurriría que reclamar contra esta opinión, sobre todo en la parte que se re- fiere á la vida pública y al movimiento de las estacio- nes propias de aquel reducido período. Todavía nos acordamos del fuego graneado y de las sostenidas guer- rillas que en medio de las calles sostenían á quema-ro- pa un diluvio de animadísimos ojos, que apoderándose de aquel terreno en que para ellos la ley era de buena guerra aun en tales días, no daban un momento de tregua ni reposo al perseguido y asendereado transeunte.

Achaques son estos por desgracia muy frecuentes en la vida del mundo. Lo sagrado y lo profano andan no pocas veces revueltos en las manos de los pecadores; y ninguno de ellos se acuerda en tales días de las simbo- licas palabras de la Escritura, que establece como im- posible servir á dos dueños al mismo tiempo.

Nuestros lectores también habrán ya olvidado á es- tas horas, que á consecuencia de habersele ocurrido al señor ministro de Justicia expedir una orden contra los desafíos, se le ocurrió á todo el mundo batirse en aque- llos días, creyendo que se acababa el tiempo de ha- cerlo con desahogo y con la meditación suficiente. Hasta que la orden del señor Gonzalez Romero no se publicó en la Gaceta, no se habían visto, como se vieron poco después, cinco desafíos en una sola mañana. No tiem- blen sin embargo, por esto nuestras lectoras, que nadie se muere. De los diez duelistas de la mañana, todos, menos uno, pasaron por la tarde el Prado de Madrid. El Manzanares no aumentó, siquiera un ápice, su man- sa y tranquila corriente. Por otra parte, el cambio de temperatura ha mitigado considerablemente en el mes anterior los desastrosos efectos de estos ardores prima- verales.

Entretanto, seguimos lo mismo en punto á bailes, uno de los mas importantes asuntos que ahora y siem- pre pueden ser objeto de las revistas de Madrid. Tras un invierno en que no se ha bailado, sigue una prima- vera en que no se baila, y vendrá un verano en que tampoco se bailará, según antigua costumbre en tal es- tación. La pluma se cae de nuestra mano al escribir tales palabras.

Y puesto que tan triste memoria nos priva del buen humor con que contábamos para proseguir este artícu- lo, sobrado largo ademas para que no merezca inter- rumperse, haremos pausa por hoy, y daremos en otra ocasión una vuelta mas larga por los paseos, por las calles, y aun por las casas de la coronada villa.

J. M. A.

LA ESPOSICION DE LONDRES.

Nuestros lectores saben ya, sino porque nosotros se lo havamos dicho, porque se ha repetido en todos los periódicos hasta la saciedad, que en Londres se ha abierto el primero del corriente una exposicion univer- sal de industria; que para ella se ha fabricado un pa- lacio de cristal de inmensas dimensiones en el que, á manera de mapa geográfico, cada nacion tiene destina- do un espacio para sus productos; que esta solemnidad ha puesto en movimiento á millares de personas que de todos los paises se dirigen á la capital de la Gran Bretaña y que los ingleses en esta ocasion, como en to- das, se proponen hacer un bonito negocio mercantil. Vamos hoy á darles algunas noticias sobre la apertura, con el discurso que pronunció el principe Alberto, y seguiremos en otros números insertando todo aquello que nos parezca mas notable y propio á satisfacer la curiosidad de los que no pueden ir á Londres á verlo por sí.

INAUGURACION.

El día 4.º de este mes se ha abierto con toda so- lemnidad por la reina Victoria en persona la esposi- cion universal de la industria. El día se habia presen- tado por la mañana brillante; la atmósfera estaba des- pejada, y todo anunciaba un buen día. Así duró hasta las once de la mañana; después se cubrió el cielo li- geramente, se formaron nubes y á las once y media la lluvia inundaba á Hyde-Park. Esta lluvia fué por for- tuna corta, y cesó precisamente á la hora de ponerse en marcha la comitiva de S. M.

Todo Londres se habia dado cita para Hyde-Park.

Desde las seis de la mañana atravesaba la poblacion de Surry los puentes; las turbas de Far-Est se precipita- ban en Holborn y Strand. De ocho á nueve Picadilly Oxford, Parliament-Street, y Kensinton-voad esta- ban inundadas de gentes, que tenían todas el mismo deseo: el de ver el palacio de cristal y la reina.

El día anterior, los desembarcaderos de los caminos de hierro habian estado llenos de viajeros, que llega- ban por millares por los trenes ordinarios y especia- les. Por el camino de hierro del Norte habian llega- do mas de 5,000 por el de Oeste mas de 3,000. Los vapores de Rotterdam, Hamburgo, Amberes, Hull, y Edimburgo habian traído un número extraordinario de pasajeros. El Times calcula en 50,000 las personas que habian entrado en Londres en el día 30 de abril.

La escena que pasó toda la mañana del 4.º de este mes en Hyde-Park, es indescriptible, según los pe- riódicos ingleses. La multitud era tan considerable que parecia un inmenso enjambre de abejas gigantes- cas, de las que el palacio de cristal representaba la colmena. Los soldados y la policia no podian nada contra aquella masa viviente, que escalaba las verjas; y que atropellaba todos los obstáculos, como si la vi- da de cada uno de aquellos seres humanos hubiera de- pendido de su entrada en el recinto. Por fin el tor- rente tuvo que detenerse porque en Hyde-Park ya no cabia mas.

Dentro del palacio de cristal no se habia penetrado con menos dificultad, á pesar de que solo se habia permitido la entrada á los que tenían comprados bil- letes de 300 reales para toda la duracion de la esposi- cion. La policia habia dispuesto muy prudentemente que primero no entraran mas que las señoras, y que los caballeros lo hiciesen después.

Cuando ya no se pudo penetrar en Hyde-Park, la multitud se extendió hasta el palacio de Buckingham para ver en la travesía á la reina y á su comitiva. Por todas partes no se veia mas que un mar de cabezas y de sombreros de hombres y de mugeres.

Los guardias de Corps y la policia no consiguieron sino con mucho trabajo abrir paso por entre la muche- dumbre á los carruages de la reina.

S. M. iba acompañada por los señores y señoras de su servidumbre, que estaban de servicio, los altos em- pleados de la casa real, las damas de honor, y algunas damas de la comitiva de la princesa de Prusia.

El tránsito de la reina fué saludado durante toda la travesía por inmensas aclamaciones, y por el agitar de los pañuelos de tantos millares de brazos. A las doce en punto, entró S. M. en el palacio de cristal. Tomó asiento en el trono, que se habia preparado sobre un tablado, y á derecha é izquierda se colocaron el arzo- bispo de Cantorbery, los ministros y altos empleados del Estado, y los embajadores y ministros extranjeros en traje de ceremonia. Los coros entonaron el himno nacional *God save the queen*, después de lo cual el principe Alberto marchó á reunirse con la comision ré- gia de la esposicion, á cuyo frente leyó el discurso que mas abajo insertamos, volviendo á colocarse luego al lado de la reina, y entonces el arzobispo de Cantorbery recitó la plegaria oportuna para pedir la bendicion del Omnipotente sobre la esposicion. Los coros, dirigidos por Sir J. Sishop, y acompañado al órgano por MM. El- vey y Wilde, ejecutaron la antifona *Aleluia*, sacada del *Mesias* de Handel.

En seguida visitó la reina la esposicion, marchando la régia comitiva en este orden:

Los heraldos.

M. Henderson, empresario, José Paxton, arquitecto que ha construido el palacio de cristal, y M. Fox, em- presario.

Los intendentes de las obras, los miembros de la comision de construccion, y de la junta de gastos é in- gresos, los tesoreros, la junta ejecutiva, los comisa- rios de los paises extranjeros colocados por orden al- fabético, y los secretarios de la comision régia.

Los comisarios especiales, y los comisarios de la reina.

El maestro de ceremonias de la reina.

Los embajadores y ministros extranjeros.

El duque de Wellington, general en jefe, el mar- qués de Anglesey, gran maestre de artilleria, los mi- nistros de la reina, el obispo de Londres, el arzobispo de Cantorbery, y los empleados de la casa real.

El principe Alberto, que vestia el uniforme de feld- mariscal, llevando de la mano á la princesa real.

La reina, llevando de la mano al principe de Gales vestido de montañés escocés.

S. A. R. el principe de Prusia, el principe Enrique de los Paises-Bajos, el principe Federico Guillermo de Prusia, el principe Eduardo de Sajonia Weimar, la du- quesa de Kent, la princesa de Prusia, la princesa Ma- ria de Cambridge, el duque de Cambridge.

Y las damas de honor y empleados de la casa de la reina.

Después de pasar revista á la gran sala, la reina de- claró abierta la esposicion, siendo anunciadas estas palabras al pueblo de Londres por salvas de artilleria. En seguida regresó al palacio de Buckingham, en medio del mismo concurso, y de iguales manifestaciones de alegría que á la ida.

A pesar de haberse abierto ya la esposicion univer- sal, convienen todos los periódicos en que no están aun suficientemente arreglados los objetos espuestos. Los productos ingleses están ya colocados en el orden correspondiente; pero los extranjeros necesitarán aun bastantes días de trabajo para quedar dispuestos como conviene.

DISCURSO DE LA COMISION.

«Dignese V. M. permitir que nosotros, comisarios nombrados el 3 de enero de 1850, por decreto de vues- tro gobierno para organizar la esposicion de la indus- tria de todas las naciones, y posteriormente autoriza- dos por una cédula real de 15 de agosto del mismo año, esponamos á V. M. una relacion sucinta de nues- tras tareas hasta este feliz día en que vá á abrirse la esposicion bajo los auspicios de V. M.

«En virtud de la autoridad que V. M. nos confirió, hemos hecho un estudio detenido de todos los puntos que se dignó confiar á nuestro cuidado, es decir, por una parte del mejor medio de introducir en el reino las producciones de las colonias inglesas y de las naciones extranjeras, y por otra de la eleccion del sitio mas con- veniente para establecer la esposicion, y finalmente, de la ejecucion general del proyecto y de la mejor mar- cha que se debia seguir para fijar la clase de recom- pensas que se deben conceder y para asegurar que pre- sida á su ejecucion la equidad mas imparcial.

«En consecuencia de estos estudios, y para cumplir los deberes que V. M. nos ha señalado en su real cé- dula, hemos celebrado frecuentes reuniones todos los comisarios, y hemos sometido la solucion de las mu- chas cuestiones relativas á las distintas materias de la esposicion, á comisiones compuestas en parte de al- gunos de nosotros, y en parte de personas distingui- das en los diferentes ramos de las ciencias y de las artes; personas que han respondido benévolamente á nuestro llamamiento, y que se han apresurado á ha- cernos el sacrificio de un tiempo precioso.

«Entre las primeras cuestiones de que hemos trata- do, una de las mas importantes era definir las condi- ciones con que se debian admitir los objetos presenta- dos; y hemos creído que el carácter de la empresa que nos ocupaba exigia que descansara enteramente sobre las suscripciones voluntarias de toda la nacion. Con este objeto, decidimos sin vacilar que no se cobraria de- recho alguno por la admision de los artículos.

«Creimos también que el encargo de escojer los ar- tículos extranjeros enviados debia dejarse á comisiones formadas por las mismas naciones extranjeras, y que por lo que hace á los productos nacionales, la comision régia debia reservarse la inspeccion completa.

«Tenemos la satisfaccion de poder añadir que todas nuestras previsiones se han realizado.

«La graciosa donacion hecha por V. M. en favor del fondo de la esposicion, fué la señal de suscripciones vo- luntarias, aun entre las mas humildes clases de vues- tros súbditos, y el capital que se ha puesto á nuestra disposicion asciende en este momento acerca de 6,500 li- bras. Se han formado en todos los puntos del Reino Unido comisiones locales que nos han dado sin escepcion una celosa cooperacion, y lo mismo ha sucedido en varias colonias de V. M. y en el territorio sometido á la honorable compañía de las Indias Orientales. Ha ve- nido también en nuestro auxilio el concurso enérgi- co de casi todas las naciones del mundo, en las cuales se han nombrado comisiones para que contribuyan á la obra que V. M. calificó con exactitud en su real cédula, llamándola *exposicion universal de la industria de to- das las naciones del mundo*.

«Debemos hacer justicia aquí al afan con que perso- nas de todas clases de la nacion han tomado puesto en- tre los esponentes; y es también un deber para nos- otros ofrecer la expresion de nuestra respetuos agra- tudin á la condescendencia con que V. M. se dignó asociarse á sus súbditos, y enviar á la esposicion algunos de los mas importantes y mas interesantes objetos.

«El número de esponentes, cuyos productos se han podido recibir, sube á cerca de 15,000, de los que cerca de la mitad pertenecen al imperio británico. Los otros están distribuidos entre mas de cuarenta naciones es- trangeras, que son la casi totalidad de las naciones ci- vilizadas del mundo.

«Al disponer del espacio que respectivamente se les ha concedido, hemos debido tomar en consideracion tanto la naturaleza de sus productos, como la facilidad de trasportes que presentaban sus posiciones geográ- ficas. V. M. encontrará en la parte occidental de este edificio los productos de los paises sobre que domina, y en la parte oriental los de las naciones extranjeras.

«Todos los objetos han sido clasificados en cuatro grandes divisiones, á saber: primera, las primeras ma- terias; segunda, las máquinas; tercera, las manufactu- ras; cuarta, la escultura y las bellas artes.

«Una clasificacion de otra clase se ha hecho según la posicion geográfica de los paises; los productos de los climas cálidos se han colocado en el centro, y los de las regiones frias en las estremidades del edi- ficio.

«Habiendo V. M. concedido un terreno, en su par- que real, para tener en él la esposicion, fueron puestos el 27 de setiembre último los primeros cimientos del pala- cio que en este momento honra con su presencia. En los siete meses que desde entonces han transcurrido, la enérgica voluntad de los contratistas, y la actividad de sus obreros han producido un edificio de una arqui- tectura y de una construccion enteramente nueva, que ocupa un espacio de mas de 48 acres, y mide 1851 pies de longitud, y 456 de anchura en los puntos donde esto es mayor, pudiendo contener 40,000 concurrentes, y presentando por lo que hace á las mercancías un fre- nte de mas de una milla. Mr. José Paxton es el arquitecto á quien debemos la idea nueva de esta construccion, y los comisarios tienen un placer en hacerle aquí la justifi-

cia que le es debida por tan interesante parte de la empresa.

«Por lo que toca á la distribucion de las recompensas á los esponentes que las hayan merecido, hemos decidido que consistan en medallas, y se concedan, no al mayor mérito de la concurrencia individual, sino como recompensa de la superioridad, bajo cualquier forma que se presente. La eleccion de las personas que deben ser recompensadas se ha confiado á un jurado compuesto de igual número de extranjeros como de ingleses, habiendo sido designados los primeros por la comision en vista de las recomendaciones de las comisiones locales, y los últimos por los gobiernos de las naciones extranjeras cuyos productos se han espuesto. Los nombres de estos jurados, que comprenden muchas celebridades europeas, ofrecen la mayor garantía de la imparcialidad con que serán distribuidos los premios.

«Tenemos el placer de poder hacer constar que á pesar de la grande de esta esposicion, y de las considerables distancias de que han tenido que venir los objetos espuestos, el día en que V. M. se digna asistir á la inauguracion es el mismo que desde un principio se señaló para ella, prueba clara de la proteccion de Dios, de la buena voluntad, y de la cooperacion cordial de los pueblos.

«Despues de haber espuesto asi brevemente á V. M. los resultados de nuestras tareas, no nos falta ya mas que elevar á V. M. nuestra humilde y leal gratitud por los estímulos y socorros que se ha dignado concedernos en el curso de esta vasta y trabajosa obra. Deseamos ardientemente que esta empresa, cuyo objeto es mejorar todos los ramos de la industria humana, y estrechar los vínculos de la paz y de la amistad entre todas las naciones de la tierra, contribuya por la divina Providencia á hacer la felicidad del pueblo de V. M. y sea por mucho tiempo una de las épocas mas memorables del feliz y pacifico reinado de V. M.»

La reina Victoria contestó al anterior discurso con las siguientes frases:

«Tengo el mayor placer en recibir el mensaje que me habeis presentado. He seguido con vivo interés, que ha ido siempre en aumento, la marcha de las tareas á que os habeis dedicado para cumplir los deberes que se os confiaron, y he visto con una sincera satisfaccion el feliz resultado de vuestros juiciosos é incansables esfuerzos en el magnifico espectáculo que hoy me rodea. Me uno de corazon á vosotros para rogar á Dios que bendiga esta empresa para que aproveche al bienestar de mi pueblo y á los intereses comunes del género humano, estimulando las artes de la paz y de la industria, estrechando los vínculos de union entre todas las naciones de la tierra, y escitando una honrosa y fraternal emulacion en el ejercicio útil de las facultades que les ha concedido los beneficios de la Providencia para bien de la humanidad.»

LA JUVENTUD DE LOS MOSQUETEROS.

Drama en cinco actos y un prólogo.

POR A. DUMAS.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR DON F. SEPÚLVEDA. (1)

(Continuacion.)

ACTO TERCERO.

CUADRO NOVENO.

El cuarto de Artagnan; la misma decoracion que en el cuadro quinto.

ESCENA I.

PLANCHET, sacando una botella por la trampa.—ATHOS entrando; despues ARTAGNAN.

ATHOS. (Toma la botella que Planchet acaba de poner á su lado.) Gracias, Planchet, un vaso.

PLANCHET. ¡Ah! el señor de Athos... si, en efecto, sois vos... ¡Dios mio! qué contento estoy de veros... un vaso; dos si quereis... ¿Es decir que habeis salido de la Bastilla?

ATHOS. Ya lo ves: aqui estoy.

PLANCHET. Creia sin embargo haber cerrado la puerta con llave.

ATHOS. ¿No sabes que cada uno de nosotros tiene una llave de nuestros alojamientos respectivos?

PLANCHET. ¡Ah! si, en verdad.

ATHOS. ¿Y tu señor, dónde está?

PLANCHET. No paso pena por él.

ATHOS. ¿Cómo es eso?

PLANCHET. Si, señor, el caballero se ha reconciliado.

ATHOS. ¡Reconciliado! ¿con quién?

PLANCHET. Con esa mala muger... ya sabeis...

ATHOS. ¿Qué muger?

PLANCHET. La de la Plaza Real, esa á quien llaman Milady.

ATHOS. ¿No ha dicho nada al partir?

PLANCHET. Si señor, me ha dicho que si mañana á las nueve no habia vuelto á casa, que os lo previniese á vos y á los señores Porthos y Aramis.

ATHOS. ¡Ah! diablo.

(1) Véanse los números 75, 76, 77, 78 y 79.

PLANCHET. Escuchad; me parece que oigo ruido en la escalera.

ARTAGNAN. (Llamando á la puerta.) Planchet... Planchet... abre la puerta, bribon.

PLANCHET. Ya voy... él es... es el caballero.

ATHOS. ¿Qué le sucede?

ARTAGNAN. Abre esa puerta con mil diablos.

PLANCHET. ¿Venis huyendo, señor? (Abriendo.)

ARTAGNAN. (Entrando despavorido.) No lo sé: cierra todas las puertas.

ATHOS. ¿Qué teneis, Artagnan?



Escena I.—Athos y Artagnan.

ARTAGNAN. ¡Athos!... vos amigo mio... ¿Ya os han dejado libre aquellos galopines?

ATHOS. Si, esta es mi primera visita.

ARTAGNAN. Dios os ha inspirado: ahora iba yo á vuestra casa.

ATHOS. ¿Pero qué es lo que ha ocurrido?

ARTAGNAN. ¿Lo que ha ocurrido?... Planchet, ponte de centinela en la escalera, y no dejes pasar á alma viviente.

PLANCHET. ¿Escepto á las mugeres?

ARTAGNAN. ¡A las mugeres menos que á nadie, vive Dios!

ATHOS. (De buen humor.) ¡Hola!... parece que nuestros amores van de mala data.

ARTAGNAN. Athos, no os riais... ¡oh! no, os suplico que no os riais, porque os juro por mi alma, que no es cosa de risa lo que me pasa.

ATHOS. En efecto, estais muy pálido... ¿os han herido?

ARTAGNAN. No, gracias al cielo.

ATHOS. ¿Pues entonces, qué teneis?

ARTAGNAN. (Pausa.) Tengo miedo, Athos...

ATHOS. ¿Vos Artagnan?... ¡Artagnan tener miedo! ¿Qué es lo que ha ocurrido?

ARTAGNAN. Un suceso terrible, Athos.

ATHOS. Esplicaos...

ARTAGNAN. (Levándolo á un lado, dice con misterio y terror.) Milady está marcada en la espalda con una flor de lis.

ATHOS. ¡Ah! Milady... marcada... ¿qué decís?

ARTAGNAN. Veamos, respóndeme; ¿estais seguro que la otra quedó bien muerta?

ATHOS. ¡La otra!...

ARTAGNAN. Si, esa de quien me hablasteis ayer... aqui sobre esta mesa... la muger de Berry.

ATHOS. (Pasándose la mano por la frente.) ¿Qué señas tiene Milady?... decid... su edad... su estatura... sus facciones...

ARTAGNAN. Veinte y cinco á veinte y seis años, mediana estatura, cabellos castaños, cejas bien pronunciadas... mirada sombría... y llena de fuego...

ATHOS. ¿Pálida?

ARTAGNAN. Pálida... hermosas espaldas... sobre la izquierda una flor de lis... roja... sangrienta... aunque pretende ocultarla bajo una capa de pasta.

ATHOS. ¿No habeis dicho que era inglesa?

ARTAGNAN. ¿Y bien, la vuestra qué era?

ATHOS. Es verdad... Carlota Backson... ¿cómo habeis sorprendido?...

ARTAGNAN. Esa muger es coqueta, habia conocido que me agradaba, y me hizo algunas insinuaciones, que yo acepté naturalmente. Pero la camarista se enamoró de pronto de mí, y me advierte que su señora me estaba engañando. Soy del Mediodía y la cólera se me rebata luego á la cabeza; exigí pruebas, y ella me probó que Milady daba citas en su casa á un cierto baron de Wardes... Me vengaré de una manera terrible, exclamé... La camarista no sabia negarme nada, y la ordené que me introdugese en el gabinete de su señora. Esto era fácil; milady esperaba á su amante, y el cuarto estaba sin luz.

ATHOS. ¿Sin luz?

ARTAGNAN. ¡Naturalmente, á causa de la flor de lis! Pues bien, entré... y mi proyecto se ejecutaba de una manera asombrosa, cuando de repente la camarista, llena de celos, temiendo sin duda que mi venganza no fuese la que le habia dicho... hace como que la habian llamado, y se presenta con una luz en la mano... Milady me reconoce... quiere hacerme salir... yo me obstino en quedarme, y en la lucha se le descompone el peinador.

ATHOS. Entonces pudisteis verla la espalda...

ARTAGNAN. Encerradme, amigo mio, con una pantera rabiosa, con una leona hambrienta, con una serpiente envenenada... lo consiento antes que verme otra vez acosado por el puñal de esa muger... ya os lo he dicho, Athos, aqui mismo, cerca de vos, donde nada puede asustarme... tengo miedo...

ATHOS. Esperad... ¿Qué llevais en ese dedo?

ARTAGNAN. Un anillo que me dió creyéndome el baron de Wardes.

ATHOS. Ese anillo.

ARTAGNAN. Aun no lo he mirado.

ATHOS. Yo lo conozco... Es el que le di la noche de nuestro casamiento... Artagnan, es ella.

ARTAGNAN. En ese caso, querido Athos, tengo miedo de haber atraído sobre nosotros una venganza terrible.

ATHOS. ¿Qué me importa?... os juro por mi alma Artagnan, que daría mi vida por un solo cabello... pero os alarmais demasiado pronto... ella me supone muerto, como yo la supongo muerta.

ARTAGNAN. Athos... en todo esto hay un terrible misterio: esa muger se dispone á hacer un viaje... ¡Ah! creedme, yo no sé porque tengo la conviccion de que es una espía del cardenal.

ATHOS. (Tomando su capa.) Está bien.

ARTAGNAN. ¿Os vais?

ATHOS. ¿No vive en la plaza real?

ARTAGNAN. Si, en el ángulo de la izquierda.

ATHOS. Gracias.

ARTAGNAN. Una palabra; si os vais, enviadme aqui á Porthos y Aramis con sus lacayos; quizá tengamos necesidad de todas nuestras fuerzas para hacer rostro al enemigo.

ATHOS. Bien.

ARTAGNAN. Id con Dios.

ESCENA II.

ARTAGNAN solo.—Despues MAD. BONACIEUX.

ARTAGNAN. ¡Uf! cuantas aventuras en poco rato... y lo peor es...

UNA VOZ. (Debajo del piso.) Señor de Artagnan... señor de Artagnan...

ARTAGNAN. Me parece que oigo pronunciar mi nombre. (Tocan á los pies de Artagnan.)

UNA VOZ. Señor de Artagnan.

ARTAGNAN. ¿Quién me llama? (Abriendo la trampa.)

LA VOZ. ¿Soy yo, madama Bonacieux, estais sola?



Escena II.—Artagnan y Mad. Bonacieux.

ARTAGNAN. ¿Si, quereis que baje?

LA VOZ. No, yo subiré á vuestro cuarto... ¿podeis recibirme?

ARTAGNAN. ¿Pues no he de poder, hermosa señora?

LA VOZ. Bien, cerrad la trampa. (Obedece.)

ARTAGNAN. ¡Que si puedo recibirla!... ya la creo.... una criatura tan adorable.... Planchet, deja pasar. (Va hacia la puerta.)

ESCENA III.

LOS MISMOS.—PLANCHET.

MAD. BONACIEUX. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Yo me muero!

PLANCHET. Señor, ¿me quedo de centinela?

ARTAGNAN. Ahora mas que nunca, Planchet.

MAD. BONACIEUX. Señor de Artagnan ¡qué dicha tengo en hallaros!

ARTAGNAN. Aquí me teneis, señora.

MAD. BONACIEUX. Me habeis ofrecido vuestros servicios.

ARTAGNAN. Y os los ofrezco de nuevo.

MAD. BONACIEUX. Tanto mejor, por que he respondido por vos.

ARTAGNAN. ¿A quien?

MAD. BONACIEUX. A la reina.

ARTAGNAN. Habeis hecho bien: yo siempre estoy á sus órdenes y sobre todo á las vuestras.

MAD. BONACIEUX. Caballero: sin conoceros apenas me inspirais una gran confianza.... ¿por qué? yo no lo sé.

ARTAGNAN. Yo sí... es porque os amo.

MAD. BONACIEUX. Bien..... os creo..... pero escuchadme. Juro delante de Dios, que si me hiciérais traición, y mis enemigos me perdonasen, lo que dudo mucho, juro que me habia de matar acusándoos á vos de mi muerte.

ARTAGNAN. Y yo juro delante de Dios..... juro también señora, que si por desgracia me prenden en el cumplimiento de las órdenes.... que me dareis.... moriré antes de hacer, ni decir nada que pueda comprometer á las personas que me son tan queridas.

MAD. BONACIEUX. Bien; se trata de partir al instante, sin perder un segundo.

ARTAGNAN. ¿A dónde?

MAD. BONACIEUX. A Londres, á entregar esta carta...

ARTAGNAN. ¿A quien?

MAD. BONACIEUX. Al duque de Buckingham.

ARTAGNAN. Necesito licencia del capitán Treville.

MAD. BONACIEUX. Dentro de un cuarto de hora la tendreis.

ARTAGNAN. Bien, me voy.... pero, ¿y á mi vuelta?

MAD. BONACIEUX. ¿A vuestra vuelta?

ARTAGNAN. ¿Qué hará madama Bonacieux por el hombre que arriesga por ella su vida?

MAD. BONACIEUX. ¡Silencio!

ARTAGNAN. ¿Qué?

MAD. BONACIEUX. La voz de mi marido.

ARTAGNAN. Tranquilizaos, Planchet defiende la entrada. ¿Qué hará digo, por el hombre que la ama?

MAD. BONACIEUX. Preguntádselo á la reina, y ella os lo dirá: esa será vuestra recompensa.

BONACIEUX. (Al otro lado de la puerta.) Cuando os digo que no es al señor de Artagnan.... quiero hablar á mi muger.

MAD. BONACIEUX. Ocultaos allí..... (Señalando la trampa.) Yo me quedo.... ¡Ah! ¿teneis dinero?

ARTAGNAN. ¿Y yo para qué lo quiero? (Abraza á madama Bonacieux.)

MAD. BONACIEUX. ¿Qué haceis?

ARTAGNAN. Nada.... tomar por cuenta del viage.

MAD. BONACIEUX. Pero si aun no habeis partido.



Acto 4.º - Escena II. - El cardenal y Milady.

PLANCHET. ¿Cómo, á vuestra muger?

BONACIEUX. Si, yo sé que mi muger está en casa del caballero de Artagnan, ¡quiero hablarla, qué diablo! tengo el derecho de hablar á mi muger. ¡Ah! señor Planchet, señor Planchet, os prevengo que si no abris... voy á llamar á la guardia.

MAD. BONACIEUX. (Abriendo la puerta.) Dejadle entrar, señor Planchet si mi marido quiere hablarme, que me hable.

ESCENA IV.

BONACIEUX.—MAD. BONACIEUX.

BONACIEUX. ¡Ah! gracias á Dios... ¿qué haceis aquí, señora?

MAD. BONACIEUX. Espero al señor de Artagnan.

BONACIEUX. ¿Al señor de Artagnan!... que esperais al señor de Artagnan.... malo.... malo. (Mira al derredor.)

MAD. BONACIEUX. Sin duda: ya veis que no está.

BONACIEUX. ¿Ah! ¿no está?

MAD. BONACIEUX. Me parece....

BONACIEUX. Si, es verdad; ¿mas para qué esperais al señor de Artagnan?

MAD. BONACIEUX. ¡Ah! señor Bonacieux, eso no os importa nada.

BONACIEUX. ¿Cómo que no me importa?... ¿pues á quien importa?

MAD. BONACIEUX. A personas que vos no conoceis, ni teneis nada que ver con ellas.

BONACIEUX. (Cruzando los brazos.) Si, teneis razon.... eso importa á madama de Chevreuse.... eso importa al duque de Buckingham.

MAD. BONACIEUX. ¿Qué es lo que estais diciendo?

BONACIEUX. ¡Ah! señora, ¿no sabeis que conozco todo vuestro complot?

MAD. BONACIEUX. ¿Quién os ha instruido de esos nombres?

BONACIEUX. ¡Intrigas.... siempre intrigas!... Pero yo estoy libre de vuestras intrigas.... el señor cardenal me ha iluminado sobre este punto....

MAD. BONACIEUX. ¿El cardenal!... ¿Habeis visto acaso al cardenal?

BONACIEUX. (Con importancia.) Me ha mandado á llamar, señora.

MAD. BONACIEUX. ¿Y habeis acudido á su invitación? ¡Qué imprudencia!

BONACIEUX. Os diré: no se me dejó la facultad de acudir ó no acudir, porque me llevaron entre mosquetes.

MAD. BONACIEUX. Entonces os ha maltratado.... os ha hecho amenazas....

BONACIEUX. No, señora.... me ha tendido la mano y me ha llamado su amigo.... ¿lo ois? soy amigo del gran cardenal....

MAD. BONACIEUX. ¿Del gran cardenal!... hay otros poderes mas grandes que el suyo.

BONACIEUX. Los habrá, señora; pero yo no reconozco otro poder que el del grande hombre, á quien tengo el honor de servir.

MAD. BONACIEUX. ¿Vos servís al cardenal? ¿no os da vergüenza pertenecer al partido de los que maltratan á vuestra muger é insultan á vuestra reina? (Porthos y Aramis entran silenciosamente con sus lacayos, conducidos por Planchet.)

BONACIEUX. La reina es una española, señora, y lo que el cardenal hace está bien hecho.

MAD. BONACIEUX. ¡Ah! señor, sabía que erais cobarde, avaro é imbécil.... pero no sabía que fuérais infame.

BONACIEUX. ¿Qué es eso?... ¿Qué decís?

MAD. BONACIEUX. Digo que no os falta mas que servirme de espía.

BONACIEUX. Es justamente lo que estoy haciendo.

MAD. BONACIEUX. Y que despues me denunciéis.

BONACIEUX. Eso es precisamente lo que voy á hacer.

MAD. BONACIEUX. ¿Cómo, iriais á decir al cardenal?....

BONACIEUX. Que os acabo de ver en el cuarto del señor de Artagnan, que no habeis querido decirme el motivo de vuestra visita.... y que sin duda conspirais con él.

MAD. BONACIEUX. ¿Vais á decir todo eso? ¡Oh! no; es imposible.

BONACIEUX. Si, señora, ahora mismo voy.

MAD. BONACIEUX. ¡Oh! Hay una justicia en el cielo y no permitirá....

BONACIEUX. Bueno, bueno, el cardenal está bien con Dios y hará su negocio. (Se vuelve y ve á Porthos y á Aramis.)

ESCENA V.

LOS MISMOS.—PORTHOS.—ARAMIS.—LACAYOS.

PORTHOS. Perdonad, bravo tendero, no se pasa.

BONACIEUX. ¿Cómo que no se pasa?

ARAMIS. Esa es la consigna.... ya sabeis que los mosqueteros somos esclavos de la consigna.

BONACIEUX. ¿Y quién os ha dado esa consigna?

PORTHOS. Nuestro amigo Artagnan.

BONACIEUX. Pero el señor de Artagnan no está aquí.... yo no lo veo.

ARTAGNAN. (Asomando su cuerpo á través de la trampa.) Perdonad, mi querido señor Bonacieux, estais en un error, vedme aquí.

PORTHOS. (Llevando la mano al sombrero.) ¿Qué hacemos mi oficial?

ARTAGNAN. Dispensad toda clase de cuidados al señor Bonacieux, que no le falte nada.... pero encerradlo en su bodega y que no salga hasta mi vuelta... Planchet, Bazin y Mosqueton serán sus centinelas de vista... Hé ahí la orden.

BONACIEUX. ¡Hasta vuestra vuelta!.... ¿y cuándo volveréis?

ARTAGNAN. (Desapareciendo.) No lo sé.... adios.

MAD. BONACIEUX. Esto os enseñará á no ser espía del cardenal. (Se lo llevan: cae el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

CUADRO DECIMO.

La taberna de la Paloma encarnada. Piso bajo y primer piso ambos á la vista del espectador.

ESCENA I.

MILADY, escribiendo en el primer piso.—ATHOS, vestido de simple caballero en el piso de la calle.—EL TABERNERO.

ATHOS. Pero me parece que no hay nada de extraordinario en lo que os digo: espero á dos amigos que han de achisparse conmigo, y no quiero que vengán á interrumpirnos durante tan respetable operacion; por eso quiero alquilaros todo el cuarto.

TABERNERO. No es eso lo que yo habia entendido señor, creí que me pediais toda la casa, y como el primer piso está ocupado.

ATHOS. Si, ya me lo habeis dicho, por una muger, ¿no es esto? nosotros somos demasiado galantes y corteses para incomodar á las damas: ¡qué diablo! que se quede donde se encuentra.... y con tal que nos permita disponer de este cuarto....

TABERNERO. ¿Pues no ha de permitir? mucho que si. Ya veis como todo se arregla fácilmente, caballero.

ATHOS. Bien: traed vino.

TABERNERO. ¿Cuántas botellas?

ATHOS. Las que querais.

TABERNERO. (Aparte.) No parece mal parroquiano. (Sale.)

ATHOS. ¡Aquí está! la he visto entrar, oigo sus pisadas retumbar sobre mi cabeza. (Solo.)

MILADY. (Asomándose á la ventana.) El cardenal me habia citado para las diez y media. (Se oyen las diez.) Vamos, no es él el que tarda, soy yo la que me antieipo.

PORTHOS. (Llegando de fuera.) Silencio (A Athos.)

ATHOS. ¿Qué?

PORTHOS. Aramis ha hecho la señal.

ATHOS. ¿Es decir que ya vienen?

PORTHOS. Si.

ATHOS. Está bien.

PORTHOS. Y ahora me podreis decir, Athos....

ATHOS. Es inútil.... Quisiera únicamente saber....

PORTHOS. ¿Qué?

ATHOS. Cómo podria escuchar lo que hablan a.lá arriba.



Aramis.

MAD. BONACIEUX. No lo sé.... pero venid á reuniros con ella... y veremos.

ARTAGNAN. ¿En donde la encontraré?

TABERNEO. (Entrando.) Aquí teneis el vino.
 ATHOS. Gracias. ¿Estamos seguros de que no vendrá nadie á incomodarnos?
 TABERNEO. No señor, no vendrá nadie; pero os encargo una cosa, que no encendais fuego en la estufa.
 ATHOS. ¿Por qué?
 TABERNEO. Vais á saberlo: yo soy un hombre de mucha prevision, si señor, con una piedra mataba dos pájaros á la vez, con la estufa calentaba este piso, y con el cañon de la chimenea el cuarto principal; pero ayer se armó aquí una disputa, una tremolina, una camorra y el cañon se hizo mil pedazos, de suerte que si encendeis fuego, vais á ahumar....
 ATHOS. ¿A quién?
 TABERNEO. A la señora que ocupa el primer piso, y lo ha tomado para ella sola.
 ATHOS. ¿Para ella sola?
 TABERNEO. Si señor, y para un caballero que debe venir á verla.
 ATHOS. Bien, eso no nos importa.
 TABERNEO. Con que ahí teneis el vino, si necesitais mas llamad. (Sale á la puerta y encuentra á Rochefort.)

ESCENA II.

LOS MISMOS.—ROCHEFORT á la puerta del fondo.—EL CARDENAL con dos guardias.

ROCHEFORT. Oid amigo.
 TABERNEO. ¿Qué ocurre?
 ROCHEFORT. ¿Es esta la taberna de la Paloma encarnada?
 TABERNEO. Ya lo veis. (Mostrando la enseña.)
 ROCHEFORT. ¿Hay en el primer piso una señora que espera?
 TABERNEO. ¿Sois vos acaso?
 ROCHEFORT. No.
 TABERNEO. Pues entonces....
 ROCHEFORT. Silencio. (Se dirige al cardenal que está disfrazado entre los guardias.) Venid monseñor.
 CARDENAL. ¿Ha llegado?
 ROCHEFORT. Arriba espera á vuestra eminencia.
 CARDENAL. Señaladme el camino.
 TABERNEO. ¡Oh! no tiene pérdida, tomad esa escalera, seguid el corredor, y la primera puerta á la izquierda.
 CARDENAL. Gracias. (Sube la escalera.)
 ROCHEFORT. (Al tabernero.) Ahora amigo mio, marchad á vuestros quehaceres.
 TABERNEO. ¡A mis quehaceres!
 ROCHEFORT. Si, á lo que tengais que hacer en otra parte.
 MILADY. (A la ventana.) Por aquí monseñor.
 (Athos escucha á la puerta, Aramis llama á la ventana de la izquierda.)
 ATHOS. Mirad quien llama á esa ventana, Porthos.
 ARAMIS. (Desde fuera.) Yo, Aramis.
 ATHOS. Abrid Porthos. (Aramis entra por la ventana.)
 PORTHOS. ¿Por qué entráis por la ventana?
 ARAMIS. Porque hay peligro de entrar por la puerta.
 ATHOS. (A Aramis.) ¿Le habeis conocido?
 ARAMIS. Si, á los rayos de la luna: se ha desembozado un instante; pero eso ha bastado.
 ATHOS. ¿Es el cardenal, no es esto?
 ARAMIS. Si, el cardenal.
 PORTHOS. ¡El cardenal!... (Se sorprende.)
 ATHOS. ¿Y los otros?
 ARAMIS. El conde Rochefort y dos guardias de su eminencia.
 ATHOS. (Escuchando.) Allí están.... Porthos quitad de aquí la estufa.
 PORTHOS. ¿La estufa?
 ATHOS. Si, hacedme ese favor. (Porthos obedece.)
 MILADY. ¡Oh! no temais nada, monseñor, estamos solos.
 CARDENAL. No importa; nunca están demas las precauciones.
 ATHOS. (Escuchando por el cañon de la estufa.) Es un verdadero tubo de órgano.
 ARAMIS. ¿Entendeis lo que dicen?
 ATHOS. Si, no pierdo una palabra.
 PORTHOS. ¡Ah! ya voy comprendiendo; hé ahí porque deciais....
 ATHOS. Porthos, bebed ese vino, ó arrojad las botellas por la ventana.
 PORTHOS. ¡Arrojar las botellas! (Sorprendido.)
 ARAMIS. (Con intencion.) Es necesario hacer creer que hemos bebido....
 PORTHOS. Si, si... lo entiendo.... (Manifiesta lo contrario.)
 CARDENAL. Sentémonos, Milady, y hablemos.
 ATHOS. Callad.
 MILADY. Ya escucho á vuestra eminencia.
 ATHOS. (Como si le hubiesen herido.) ¡Oh!... ¡esa voz!...
 CARDENAL. ¿Ya conoceis la importancia de la mision que os ha sido confiada?
 MILADY. Si, monseñor; pero tened la bondad de darme instrucciones claras, para que pueda justificar mejor vuestra confianza.
 ATHOS. Cerrad la puerta con cerrojo Aramis.
 CARDENAL. Vais á partir á Londres, cerca del duque de Buckingham.
 MILADY. ¿Olvidais que soy yo la que le presentó el pañuelo en la calle de La-Harpe?... puede reconocerme....

CARDENAL. No importa; no hay ningun mal en que sepa quien sois.
 MILADY. Entonces es una negociacion cara á cara, ¿y puedo presentarme franca y lealmente?
 CARDENAL. Si, si.... como siempre....
 MILADY. Haced pues, monseñor; seguiré á la letra las órdenes de vuestra eminencia.
 CARDENAL. Ireis á ver al duque de parte mia: le direis que tengo noticia de todos los preparativos que está haciendo; pero que no me inquieto en lo mas minimo, porque al primer movimiento que haga contra la Francia, pierdo á la reina.
 MILADY. ¿Y hará caso el duque de esa amenaza?
 CARDENAL. Le direis que tengo pruebas.... ademas cuando sepa que esa guerra que él emprende, puede costar el honor y hasta la libertad de la señora de sus pensamientos, yo respondo que lo ha de pensar con mucha calma.
 MILADY. Sin embargo, ¿y si persiste?
 CARDENAL. No es probable.... pero si persiste pondré mi esperanza en uno de esos grandes sucesos que cambian la faz de los estados.
 MILADY. Vuestra eminencia alude al puñal de Ravallac ¿no es esto?
 CARDENAL. Justamente.
 MILADY. ¿Pero no teme V. E. que el suplicio de Ravallac, haya espantado, á los que por un instante quisieran imitarle?
 CARDENAL. En todas las épocas y en todos los paises hay fanáticos que aspiran á hacerse mártires, señora.
 MILADY. ¿Creeis que se encuentren hombres semejantes?
 CARDENAL. ¡Oh! justamente el barco que os ha de llevar á Bolonia es un sloop mercante, mandado por un hombre de esa especie.
 MILADY. ¿Es enemigo de milord?
 CARDENAL. De muchos años.
 MILADY. ¿Como se llama?
 CARDENAL. ¡Felton!
 MILADY. ¡Ah!
 CARDENAL. Ese Felton oculta un alma de fuego bajo la máscara de su puritanismo; y no se necesita mas que una muger jóven y bella que sepa trastornarle el cerebro.
 MILADY. ¿Si... pero es acaso fácil encontrar esa muger?
 CARDENAL. ¡Y bien! La muger que ponga el cuchillo de Santiago Clemente ó Ravallac en manos de ese fanático.... habrá salvado á la Francia.
 MILADY. Y será cómplice de un asesinato....
 CARDENAL. ¿Qué creis que necesite para borrar ese escrúpulo?
 MILADY. Creo que necesitaria una orden, que ratificase de antemano, todo lo que ella creyese deber hacer por la felicidad de la Francia.
 CARDENAL. Bien.... ¿y en dónde encontraríamos esa muger?
 MILADY. Yo me encargo de hallarla.
 CARDENAL. Entonces no nos falta nada: yo proporciono el hombre, y vos.... hallais la muger.
 MILADY. Si, no falta mas que la orden.
 CARDENAL. Una orden concebida.... si.... si.... (Escribe.)
 MILADY. Ahora que he recibido las instrucciones de monseñor, y á propósito de sus enemigos, quiero decir, los enemigos de la Francia, su eminencia me permitirá que le diga dos palabras acerca de los míos.
 CARDENAL. ¿Tambien teneis enemigos?
 MILADY. Si, monseñor, y enemigos contra los cuales me debeis todo vuestro apoyo, porque los he adquirido en servicio de vuestra eminencia.
 CARDENAL. Nombradlos.
 MILADY. Ya conocéis á esa intrigantuela, llamada Bonacieux.
 CARDENAL. Otro.
 MILADY. ¡Ah! vuestra eminencia conoce bien al otro.... es nuestro mal genio.... el que destruye todos nuestros planes.... el que hirió mortalmente al señor de Jusac.... el que....
 CARDENAL. Ya sé de quien hablais.
 MILADY. Si, quiero hablar de ese miserable Artagnan.
 CARDENAL. Necesitamos cuando menos, algunas pruebas de su inteligencia con Buckingham.
 MILADY. ¿Pruebas?... yo daré mil.
 CARDENAL. Entonces es la cosa mas sencilla; dadme esas pruebas, y lo envío á la Bastilla.
 MILADY. Monseñor, hombre por hombre, existencia por existencia; dadme á Artagnan y os doy á Buckingham.
 CARDENAL. No sé lo que quereis decir, Milady; pero como tengo deseo de agradaros, os entrego el papel que me habeis pedido.
 MILADY. Gracias monseñor.
 ATHOS. ¿Habeis oido?
 ARAMIS. ¡Qué criatura tan atroz!
 ATHOS. No os movais.
 PORTHOS. ¿Qué?
 ATHOS. Lo demas me toca á mi.
 ARAMIS. ¿Vais á salir?
 ATHOS. Si, pero quedaos vosotros.
 PORTHOS. ¿Vos os encargais? pues....
 ATHOS. Yo me encargo de todo. (Sale por la ventana.)
 CARDENAL. (Tomando su capa.) ¿Está convenido señora?
 MILADY. Convenido, monseñor.
 CARDENAL. ¿Teneis la silla de posta?
 MILADY. A cien pasos de aquí,

CARDENAL. Mañana por la noche podeis llegar á Londres: escribidme en seguida lo que hayais hecho en el viage.
 MILADY. ¿Por quién?
 CARDENAL. Eso no os inquieta: en el momento que tengais necesidad de un mensajero lo tendreis.
 MILADY. Y cómo sabré....
 CARDENAL. «La Rochela» «vos le respondeis Portsmouth» y le entregais la carta.
 MILADY. Está bien: adios monseñor.
 CARDENAL. Hasta mas ver, señora.
 MILADY. (Se dispone para salir y lee antes el billete.) «Es por mi orden y por el bien del Estado, por lo que el portador de la presente, hace lo que hace: Richelieu.» (Con sonrisa de triunfo.) Ahora si que puedo vengarme sin peligro. (Richelieu baja, se reúne á sus compañeros y se aleja con ellos. Porthos y Aramis se quedan en el piso bajo y escuchan.)

ESCENA III.

ATHOS.—MILADY.

ATHOS. (Entra y cierra la puerta.) Ahora nosotros... (Se quita la capa y levanta el sombrero, Milady da un paso atrás.)
 MILADY. ¿El conde de la Fére!....
 ATHOS. Si, Milady, el conde de la Fére en persona, que viene del otro mundo á haceros una visita.... Sentémonos y hablemos, señora, como decia el cardenal.
 MILADY. (Cayendo en un sillón.) ¡Oh Dios mio!
 ATHOS. ¿Vos, sois pues, el demonio sobre la tierra. Afortunadamente los hombres pueden, con la ayuda de Dios, vencer al demonio.... Una vez os encontrasteis en mi camino, y yo creia haberos sepultado para siempre.... me engañaba señora, el infierno os ha resucitado.
 MILADY. ¡Ah!
 ATHOS. Si, el infierno os ha resucitado, el infierno os ha hecho rica, el infierno os ha dado otro nombre, otro semblante.... pero no ha borrado las manchas de vuestra alma.... ni la marca de vuestro cuerpo.
 MILADY. ¡Caballero! (Se levanta. Athos permanece sentado.)
 ATHOS. Me creiais muerto, ¿no es verdad?
 MILADY. Pero en fin, ¿qué me quereis?
 ATHOS. Quiero deciros, que aun cuando habeis vivido fuera del alcance de mis ojos, no os he perdido de vista.
 MILADY. ¿Sabeis?...
 ATHOS. No solo lo que habeis hecho, sino lo que pensais hacer.
 MILADY. ¡Oh!
 ATHOS. ¿Dudais? pues bien, oid.... En aquel tiempo, ¿lo entendeis? pasasteis á Inglaterra, y os casasteis con lord de Winter, baron de Clarik: al cabo de dos meses murió el infeliz de una enfermedad singular, que deja manchas azules en el cuerpo: por consecuencia de esa muerte vinisteis á ser tutora de vuestro hijo, heredero de lord Winter; y os volvisteis á Francia para entrar al servicio del cardenal: vos sois la que ha llevado á Londres la famosa carta de la reina, que ha hecho venir á París al duque de Buckingham, vos sois, la que ha llevado á la calle de La-Harpe el pañuelo que debia hacer caer al duque en una emboscada, sois vos la que creyendo recibir en vuestro gabinete, al conde de Vardes, habeis recibido al caballero Artagnan, á quien aborreceis ahora, no tanto porque ha sorprendido vuestro terrible secreto, cuanto por que no asesinó á lord Winter, vuestro hermano, de quien vuestro hijo viene á ser heredero: vos sois en fin, la que en este mismo cuarto, sentada sobre ese mismo sillón, acabais de prometer al cardenal el asesinato de Buckingham, en cambio de la oferta que os hace de dejaros matar á Artagnan.
 MILADY. ¿Sois por ventura el demonio?
 ATHOS. Tal vez, pero en todo caso, escuchad bien lo que voy á deciros. Poco me importa que asesineis ó hagais asesinar á Buckingham, no lo conozco, y ademas es inglés; pero si tocáis á un solo cabello de Artagnan, que es un fiel amigo, á quien amo y defiendo, si tocáis á uno solo de sus compañeros os juro por la memoria de mi padre, que ese ha de ser el último de vuestros crímenes.
 MILADY. Artagnan me ha ofendido terriblemente ¿morirá?
 ATHOS. No repitais esa amenaza, señora.
 MILADY. Morirá, si, morirá.
 ATHOS. ¡Oh! mirad lo que decís.... hé ahí el vértigo que me roe el corazón. (Toma friamente una pistola del cinto.) Ahora mismo vais á entregarme el papel que os ha firmado el cardenal, ó por mi honor que os hago saltar el cerebro.
 MILADY. No, no....
 ATHOS. (Apuntándole á la cabeza.) Teneis un segundo para deciros. (Milady saca el papel de su pecho, y lo deja caer en el suelo, con una convulsion de furor. Athos lo toma y lee.) «Es por mi orden y por el bien del Estado, por lo que el portador de la presente, hace lo que hace.... Richelieu.» (Toma su capa y sombrero.) Ahora que te he roto los dientes, maldita vivora.... muerde si puedes.
 MILADY. (Con furia reconcentrada.) ¡Ah!... (Sale Athos.)
 ARAMIS. ¿Qué diablos tendrá que ver Athos con esa muger?
 PORTHOS. Yo digo si será su tia.
 FIN DEL CUADRO DECIMO.

UNA VISITA A LA ISLA DE LOMBOCH

EN LA MALESIA.

Los estrechos de la Oceanía, tan frecuentados en la actualidad, como poco reconocidos por los marinos de ambos continentes, forman una inmensa y caprichosa cadena de mares, golfos y montañas que asusta al que contempla por primera vez sobre la carta, la imperceptible línea de navegación que tiene que seguir la nave: las islas se multiplican prodigiosamente en ese mundo marítimo, y apenas hay un paso que no esté marcado con multitud de bajos visibles y acantilados, tanto mas peligrosos é inevitables, cuanto que el viento desigual de las monzones, y las corrientes que forman los desagües de los infinitos golfos y mediterráneos, formados por las catorce mil islas de que se compone próximamente el gran archipiélago Océánico, alteran el rumbo de los buques, y á veces los acorchan contra las costas por lo comun bravías del litoral malayo. Nada hay, sin embargo, en el mundo tan pintoresco como aquellas costas salvajes enriquecidas de verdura, donde todo es sorprendente, donde la enérgica vegetación asiática, partiendo de las rocas que coronan la superficie de la mar salada, se extiende por un terreno inculto, trazando bosques impenetrables que van á rematar sobre la cima de las montañas volcánicas que tanto abundan en aquellas regiones. El sol, colocado sobre un trono de nubes condensadas, deja caer verticalmente sus encendidos rayos, y las islas de la Oceanía, convertidas en paraísos terrenales por su prodigiosa fecundidad, son saludables y á propósito para la colonización y multiplicación de la especie humana, y ostentan entre vegetables alimenticios de raro mérito, la delicada anana, el nutritivo camote (*convulvulus batata*), el socorrido cocotero, la dulcísima banana, el rangustan, la manga y las llamadas *manzanas de Chitherea*. En aquel rico y espléndido panorama natural, donde á veces penetran los vientos alisios del Océano Atlántico, para templar la furia asoladora de las monzones, crecen y se confunden en agradable fraternidad el isleño indigena con sus instintos antropófagos, el *pongo* que los malayos llaman hombre, el inteligente macaco, la blanca cacaúta, el papagayo de mil colores, el arrogante periquito, el pájaro del paraíso, el gallo, inseparable del indio, la ardilla volante, la serpiente python, el ibitin, el boa y el palay, las tortugas franca y carey, los *bibis* (patos), los *babi-russa* y *babi-utang* (cerdos salvajes), los búfalos, tigres, elefantes, cocodrilos y caimanes.

Entre la multitud de estos y otros tipos de la gran familia zoológica, que vive desparramada por la superficie del archipiélago malayo, solo el hombre quebranta la armonía de la naturaleza con su fealdad repugnante, con sus hábitos sanguinarios, y con su moral embrutecida y degradada.

Bajo el hermoso y plácido cielo de la Oceanía, viven los hombres y los animales envueltos en un mismo sistema de barbarie. Tendidos los primeros á la sombra de los corpulentos árboles mangles y cocoteros, pasan sus días durmiendo, mascando *buyo* ó disputando á los segundos el rústico alimento, que la fecunda naturaleza se esfuerza en producir por todas partes.

El 20 de diciembre de 48.... despues de luchar algunos dias por conseguir á favor de las virazones el eslabon de Lomboch, formado por esta isla y la de Bali, amanecimos cuando menos lo pensábamos sobre la embocadura del de Allas, entre Lomboch y la isla de Sumbawa, con una temperatura de 90°. Fahrenheit, y un escaso teral, que apenas nos permitia dominar la corriente. Como á la costa de Sumbawa no arriba jamás ningun barco europeo, por aquello de que en *Sumbawa* malar, que dicen los isleños de Lomboch, y es ademas aquella tierra bravía é inabordable para toda clase de embarcaciones, resolvimos ir á dar á fondo junto á la ranchería de Segar, en esta última isla, donde el capitán Elias, á quien conocen ya nuestros lectores, tenia relaciones de amistad con el *padu-gabanal* (jefe del territorio), por ciertos regalillos que en otro viaje le habia hecho á cambio, por supuesto, de provisiones. Dióse, pues, una virada en redondo, y puesta la proa de la fragata al N. de la isla de Lomboch, donde se halla el fundeadero, marchamos con alternativas de calma y viento sobre una línea prolongada de bajos de coral, casi perceptibles á nuestra vista, hasta las dos y diez minutos de la tarde (las siete de la mañana, poco mas ó menos en España), en que el capitán dió la voz de *fondo*, y la fragata se detuvo, contenida por la pesantez equilibrada de las áncoras de proa, y de quince ó diez y seis brazas de cadena que se echaron al agua para estacionarla en una corriente de milla y media por hora. Casi en el mismo instante vimos izarse una bandera española en medio de un bosque de plátanos y cocoteros, á la que contestamos con la nuestra de abordó.

Para nosotros la llegada á Lomboch, no era por cierto el término del viaje, pero era el fin de una situación angustiosa, motivada por la falta de viveres que íbamos experimentando; así fué que cada cual espresó á su manera el placer de que se hallaba embargado: los pasajeros con apretones de manos, los marineros con honras de alegría, y el capitán con su bondadosa aquiescencia ante algunos pequeños desahogos que se permitió la tripulación, contra lo mandado en la rigida ordenanza del buque. El cañon de abordó hizo tambien unos cuantos disparos en honor de la valiente fragata, que acababa de cruzar sin ninguna averia los procelosos mares de ambos hemisferios.

Dijimos arriba que en el momento de darse la voz de fondo por el capitán, se habia izado una bandera española en la costa malaya: esta novedad á seis mil leguas de distancia de la madre patria, y entre salvajes poco menos que antropófagos, era para nosotros muy sorprendente; dejamos empero de calentarnos los sesos en formular comentarios inútiles, cuando oímos al capitán, que esclamaba mirando con su anteojo los grupos de salvajes que corrían hacia la playa. —«Bravo, allí está la bandera vieja de mi *Sabina*; el perillan es agradecido, y me saluda con ella para darme á entender que la conserva. Señores, añadió volviéndose hacia nosotros, vamos á recibir la visita de ceremonia del *padú* de la isla, como si dijéramos, de S. M. el rey de esas selvas. Es preciso por consiguiente hacerle los honores de ordenanza; nada de burlas ni de risas, ni de curiosidades molestas. S. M. es bastante quisquilloso para aguantarlas, y por una broma de mas y un pedazo de galleta de menos, seria capaz de impedirnos que refrescásemos los viveres. Vendrá probablemente en cueros como el hermano Adán, ó con el traje de etiqueta de la tierra, que es el sublime tapa-rabo. Yo suplico á las ilustradas personas que me escuchan, que tengan la bondad de no sorprenderse por nada, aun cuando vean, por ejemplo, que el *padú* se presenta con un frac de cola de pichon, que le regalé en otro tiempo para que lo usase en las grandes solemnidades de su corte.»

Al terminar este extraño discurso, que nos prometia una recepcion del todo nueva para nosotros, vimos como una media docena de *bankas* (esquifes no mas anchos que el tronco de los árboles de que están contruidos) que se dirigian hacia nosotros con toda la rapidez que les comunicaban unas especies de palas circulares, movidas por los indios á guisa de remos. Cuando estuvieron mas al alcance de nuestra vista, observamos que agitaban sobre sus cabezas en señal de paz, diferentes ristas de cocos y de bananas, entonando al mismo tiempo una especie de letania coreada de malísimo efecto. El capitán correspondió á aquellas señales amistosas, agitando algunos pedazos de tela pintarragada de amarillo y encarnado, y entonces se vió que los malayos soltaban los remos para empezar una alegre danza al compás de la susodicha monótona salmodia. Desde aquel momento fueron aproximándose sin ningun recelo, y notamos que cada *banka* conducía de seis á siete salvajes sentados en cuclillas unos detrás de otros, á manera de monos. El *padú* ó rey de la isla, era de la comitiva; mas no nos fué posible distinguirlo entre sus camaradas de sucinto traje. De esta suerte atracaron á la fragata, y poco despues se encontraban sobre las bordas interrogando con ademanes desusados, y con un *guau guau* significativo, si habia perros en el buque que pudiesen desgarrar sus pantorrillas. Tranquilizámosles sobre este punto, y entonces se atrevieron á pisar la cubierta, el rey, sus hijos, los grandes dignatarios de la isla, un intérprete *tagalo* y una escolta de esclavos. Todos vestían el económico traje de la naturaleza, á escepcion del rey que llevaba una camiseta de percal amarillo, y un chal rodeado á la cintura: por lo demas iba completamente descalzo.

Los individuos de la familia real vestían un modesto tapa-rabo de muselina de colores, y un pañuelo de algodón atado á la cabeza sujetando el pelo, y que dejan crecer como las mugeres, y no lo peinan jamás. Esto les da un aspecto de fiera irracional y salvaje. El *padú* saludó al capitán besándole la mano, y le ofreció un pequeño regalo de bananas, gallinas y huevos frescos de color azulado, que fué admitido con muestras de gratitud. El capitán tomó la vènia real para hacer aguada al dia siguiente, y en seguida pasó á contratar los viveres con el *padú*, único que puede hacer semejante negocio en la isla.

Los esclavos de la comitiva, como si dijéramos los alabarderos de la real persona, vestían un uniforme estremadamente sencillo compuesto de un cinturon de percal, del que pendía un enorme *crisk*, especie de puñal largo envenenado que usan los indios para la guerra. Pidiéronnos *viscui* (galleta) y un poquito de *brandi* (aguardiente). Recuerdo que un hijo del *padú* pidió tambien por señas, una camisa y un espejo para contemplar su bello rostro. A todos fuimos dando porcion de baratijas, que aceptaban con grandes estremos de codicia.

El malayo es ladrón por instinto: astuto como los animales feroces, desconfiado de todo, y asesino por pasatiempo: tiene el rostro aplastado y de color de cobre: la cabeza, poco voluminosa y de carácter idiótico, es deprimida en la region superior de los sentimientos, achatada en la frontal, donde segun los frenólogos reside la inteligencia, con algunas protuberancias encefálicas en la region posterior y lateral destinada á los instintos. Es afeminado por lo comun, raquitico de formas, poco vigoroso y en extremo sensual; huele peor que los monos: se sienta en cuclillas como ellos, y en todos sus gestos y ademanes, procura remedar los usos y costumbres de aquel irracional inteligente. Por lo visto el *chongo* da la moda á la Malesia, como el lion traspirenáico le da á nuestros pollos de frágil y endeble robustez.

En tanto que los malayos estuvieron á bordo, no hicieron otra cosa que mascar una preparacion llamada *buyo*, compuesta de la hoja de este nombre, de la de la *bouga* y de cal viva. Con esta infernal mistura se frotaban vivamente los labios y los dientes hasta quemarlos, dejándolos de un color de azabache esmaltado, que es entre ellos verdadera señal de belleza. Para templar el excesivo ardor que produce el *buyo*, suelen chu-

par otra preparacion de la hoja del tabaco y de una yerba desconocida.

Durante el ajuste de los viveres, ocurrió en la cámara un pequeño incidente, que demuestra bien el carácter de rapacidad de los malayos. Queriendo el capitán sacar el mejor partido posible del negocio de la compra, dió al intérprete, que es una dignidad de la isla, un pedazo de tela de algodón con dibujo escocés. El *padú*, que tenia la desgracia de enamorarse con facilidad de todo lo ageno, se lanzó sobre la tela con un aire marcado de fiereza, y dijo, ó quiso decir al capitán, con acento irritado, que si no habia para él.... El capitán comprendió la posicion apurada del intérprete, y dió al *padú* para contentarle, un par de navajas de afeitar, que no habia cesado de pedir en toda la tarde, y una gran porcion de galleta blanca. El torvo ceño del selvático príncipe no se desarrugó por eso, sino que por el contrario, siguió lanzando miradas codiciosas al indio, y todos supusimos con fundamento, que el *padú* robaria á su ilustre vasallo el pedazo de tela tan pronto como arribasen á tierra, lo cual aconteció del mismo modo que lo habíamos pensado.

La comitiva malaya regresó á la isla poco antes de anoecer, apercibida de que al dia siguiente iríamos á pagarles la visita. En su consecuencia el 24, antes de salir el sol pasamos á los botes atracados al costado de la fragata, y nos dirigimos armados de fusiles y escopetas, al punto donde desagua el rio mas caudaloso de la isla; de allí pasamos á la ranchería llamada *Joni*, donde habia muchos malayos pescando con redes, los cuales ni aun siquiera hicieron alto en nosotros. A poca distancia de la ranchería, siguiendo la línea de la playa, vimos una especie de fantasma envuelta en trapos sucios, que conducía de la mano un niño en cueros, en tanto que con la otra recogia ciertos objetos extraños, que depositaba en un *tampipi* (canastillo de palma). Suponiendo que llevaria pescado, dijimos á un marinero indio que la preguntase en franco malayo si queria vendernos algo: á las cuatro ó cinco preguntas dirigidas con voz progresivamente mas fuerte, la fantasma levantó la cabeza, y entonces observamos que era una muger; ¡pero qué muger tan horrible!... No podia compararse en fealdad al indio mas despreciable, porque ellos, cuando menos, tienen las facciones regulares, y ellas.... ellas se asemejan á las furias del averno.

Seguimos la playa hasta la ranchería de Segar, que se halla entre un grupo de cocoteros, y allí saltamos en tierra. El sitio era pintoresco en extremo: el arbolado crece allí prodigiosamente, y forma galerías de verdura: las barracas son de caña y nipa, y están contruidas con cierto gusto; á su inmediacion hay una especie de jardincito protegido por una empalizada de caña, donde crecen y se ostentan las ananas, los cocoteros, las bananas y otras frutas delicadas de la isla.

Cuando nos acercamos á la playa, vimos una gran porcion de malayos que estaban acostados á la sombra de los árboles: á su lado reposaban en fraternal compañía algunos caballos de talla exigua, muchos perros estenuados de color de canela, diferentes búfalos domesticados, y alguna cabra que con sus hijuelos, iba balando por la espesura. Hicimos señas á los malayos para que se acercaran á nosotros, y uno, que al parecer era de los mas atrevidos, abrió la marcha dando muestras de estúpida admiracion. En seguida ochenta ó cien malayos le siguieron, todos armados con sus mortíferos *crisk*: entre ellos venian algunos niños de tres y cuatro años que entraban en el agua, se caian y levantaban, y volvian á caerse, sin que ningun malayo se alterase por su suerte. Los angelitos iban encucos como sus padres, sin defensa en la cabeza contra los rayos verticales de un sol abrasador que apenas podiamos sufrir nosotros bajo los toldos de las canoas. Tragéronnos *buyo*, limones verdes, pescado podrido, pájaros del paraíso, monos, gallinas, pavos y cabras. El capitán compró una de estas últimas con dos chivos, por treinta reales: quiso meterlos en los botes; pero los animales comenzaron á dar agudos gemidos, como si conociesen que iban á dejar para siempre su adorado retiro. Hablé al capitán en favor de las inocentes victimas; mas este me hizo observar que era preciso que comprásemos alguna cosa para dar gusto á los isleños, y nada podia convenirnos tanto como la cabra. La infeliz quedó por lo tanto condenada á seguirnos.

Durante nuestra corta permanencia en la playa, notamos que las mugeres sacaban de las barracas cuantos objetos suponian que debian agradarnos, y se los entregaban á los malayos para que hiciesen negocio. Ninguno tuvo, sin embargo, bastante arrojo para acercarse á nosotros á mas de cincuenta pasos, lo que prueba evidentemente una de dos cosas, ó que las bellas antropófagas se temen á sí mismas, ó que el instinto del pudor se halla entre las mugeres de Lomboch en el estado interesante y heroico de la rusticidad primitiva.

Por lo que pudimos observar, las mugeres malayas visten una especie de túnica corta de algodón que no pasa de la rodilla, y está sujeta en la parte superior por debajo de los hombros, cubriendo la mitad escasa del pecho; el corte de estas túnicas es tan poco elegante y agradecido, que las indias, envueltas entre sus pliegues, tienen mas bien la forma irregular de un fardo que la de una muger.

Saciada nuestra curiosidad del primer momento, y habiendo observado que algunos salvajes dirigian miradas codiciosas, tanto á las armas como á la ropa que llevábamos encima, nos encaminamos á la ranchería de *Mataban*, donde se halla la *br-raca* del *padú*, con

objeto de evitar un contratiempo. El príncipe había recibido aviso la noche anterior para trasladarse á *Karang-Assam*, en la isla de Bali, cuyo *rajah* sostenía á la sazón una guerra sin tregua contra los holandeses de Batavia, guerra que terminó mas tarde, según noticias publicadas en el *Java Courant*, por una sangrienta batalla dada en los días 45 y 46 de abril de 1849, en que los *rajahs* de *Balalin* y de *Karang-Assam* fueron derrotados completamente. El *padú* de Lomboch, como príncipe feudatario, había dejado por consiguiente la isla para concurrir á la guerra de Bali al frente de su ejército indisciplinado, y nada teníamos que hacer allí nosotros, sino es que buscábamos camorra á los malayos, que en bastante número nos seguían riéndose á todo trapo de nuestras, para ellos, ridículas fachas. Nuestro propósito era ya salvar la pelleja de las garras de aquellos caribes, y poco á poco nos fuimos acercando á la playa entre la multitud, que no cesaba de agitar sus *crisk* con aire amenazador sobre nuestras cabezas. Ganamos por fin los botes, y con una virada de bordo nos colocamos en frente de algunos *pankos* indígenas, que estaban fondeados á costa distancia de las rancherías de Bali, Segar y Foni.

Mas arriba hemos hecho mención de las *bankas*, especie de canoas de troncos de árboles ahuecados, ligeras como flechas, que escuden á los *sampam* (botes pequeños), en esbeltez, elasticidad, y en propiedades marineras. Los *pankos* son tambien en su género una cosa notable, que vamos á describir del mejor modo que podamos.

La costumbre de vivir sobre el agua es general en algunas puntos de la Oceanía. Los malayos llaman *Orang-laut* á los indios que viven en el Océano, y á la gente de mar, que conservando puras sus costumbres, habita en los *pankos* con sus familias y todo lo que poseen. Estos son del tamaño y forma de los que los indígenas llaman *parahos-kakap*, sin duda por su supuesta semejanza con un pescado del mismo nombre. Los *pankos* están contruidos á propósito para el remo y la vela; la popa sirve de cocina, y en ella colocan los malayos un fogon permanente con todos los útiles necesarios. La parte del centro se halla destinada á sus ocupaciones de costumbre durante el día, y á su descanso de noche; y unos cuantos petates de palma componen casi todo el ajuar. En lo mas retirado de esta estancia hay siempre una caja de madera, destinada á conservar los efectos de valor de los indios. Cuando hace mal tiempo cubren la embarcacion con una de sus velas de estera, y si es necesario, trasportan á tierra la nave para evitar un naufragio. Los *pankos* suelen tener dos palos, un timon de madera, unas anclas de idem con cuerda de bejuco, un arpon con punta de hierro, una lanza parecida al instrumento que se emplea para sacar cangrejos de entre la arena, algunas cáscaras de

coco con bordes de hierro que sirven para infinitos usos, unos remos circulares proporcionados al tamaño del buque, un tambor y un peine de tamaño colosal, un gato favorito y muchos gallos de pelea. Las armas comunes de defensa son unas largas picas de madera, que arrojan sobre el enemigo con el mayor acierto, el *crisk* envenenado, y el *campilan*, que es el alfanje malayo. Los *pankos* de alto bordo, y los destinados á la guerra (*corocora*) suelen llevar tambien alguna *rantakka* (vieja escopeta) que ninguno se atreve á disparar. El día lo pasan á veces navegando por el Océano: vuelven de noche á la costa, y dan fondo cerca de tierra, ó amarran los buques á un árbol de la isla. Los *pankos* que tenemos á la vista, llamaron nuestra atención por los delicados arabescos y molduras que ostentaban en la popa. Por veinte reales compramos en uno de ellos tres gallos de pelea, y nos retiramos á bordo fatigados, pero satisfechos de nuestra pequeña escursión.

Tres días despues vino á hacer entrega de los víveres el intérprete, que ya conocen los lectores, y como con él era mas fácil entenderse que con los rudos habitantes de la isla, pude conseguir acerca de esta, aunque con sumo trabajo, las siguientes noticias.

La isla de Lomboch, tributaria de la de Bali, en el grupo de Java, corresponde á la Oceanía occidental ó la Malesia, y se halla situada á 8° 53' de lat. S, y 122° 56' de long. E del meridiano de Cádiz. Tiene sobre 400 leguas cuadradas de superficie, y produce los frutos mas escogidos de las regiones tropicales. El gobierno mas general de la Malesia, es el de las tribus formadas aisladamente por cada familia, bajo la dirección de un jefe llamado *Mattagawe*, que no reconocia superior alguno hasta las confederaciones aristocráticas de los *Bughis*, y el imperio de *Surakarta*, en que empezó á reinar el feudalismo bajo la forma de las monarquías electivas. En Lomboch se conoce esta última especie de gobierno dividido en cuatro clases: la primera llamada *anakaghum-wit* es la del soberano elegido por una aristocracia hereditaria, que restringe mucho su autoridad: á la segunda se da el nombre de *anakaghum-ratu*, y es como si dijéramos el segundo del monarca: *rajah* es una dignidad de tercera clase que asiste á los consejos de la corte, y *gabanal* de cuarta, con mando de ranchería. *Anakaghum-wit* puede tener cuarenta mugeres, manda el ejército, compuesto de cien mil soldados sin disciplina ni organización de ningún género, y está protegido en su cabaña por una guardia de mil hombres, que mantiene á su costa. Viste una túnica de seda y oro, que no pasa de la rodilla; gasta turbante de forma indiana; no lleva calzado de ninguna clase; y en señal de suprema distinción, deja que le crezcan las uñas al uso de los chinos. Las dignidades subalternas, no pueden llevar las uñas largas; pero como cada cual es soberano absoluto

en el distrito de su mando, hacen en esto como en todo lo que mejor les parece. Sin embargo, tienen obligación de pagar al *anakaghum* un tributo anual en metales y en producciones indígenas.

En la isla de Lomboch se observa el rito de Mahoma, algo viciado por la trasmisión y la ignorancia de los apóstoles: para implorar la gracia del Altísimo, quien llaman los malayos *Degnaratu*, inclinan el cuerpo hácia adelante, se agarran las orejas por las estremidades, ó bien cruzan los brazos sobre el pecho, y de este modo permanecen largas horas en meditacion. Tienen sacerdotes llamados *batin*, y templos de paja donde se reúnen los días de luna nueva, que es la gran festividad de los malayos. El *batin* viste traje talar, y usa calzado de palma: está considerado como gefe, aunque nada posee, ni se apoya en cosa alguna para sostener su autoridad; pertenece á la clase patriarcal, y es considerado como la union de la sociedad: sus consejos, mas que su asistencia, son lo que solicitan los indios en casos de apuro. Si el *batin* pierde la confianza de los tribus, ó comete alguna falta notoria, se le depone por voto general, y se nombra en su lugar á otra persona. No recibe emolumento, ni contribucion de ninguna especie, y la única ventaja que reporta de su difícil cargo, es la de que todos los hombres de su distrito trabajan por él la tierra un solo día, cuando se hace la corta de un bosque para un nuevo plantío de arroz, alimento el mas aristocrático que se conoce en la isla.

La manera que tienen de cultivar la tierra es torpe en sumo grado: eligen primero un terreno fértil en el bosque, derriban despues los árboles con mucho trabajo, y usan los troncos pequeños y las ramas para construir el cercado: los árboles grandes los destinan al fuego, ó á construcciones marítimas: echan en seguida la semilla en la tierra, y sin otra preparación aguardan la cosecha, que nunca defrauda la providente fertilidad de aquellos países. Esta clase singular de sembrados tiene el nombre de *ladaang*.

En la isla de Lomboch no corre otra moneda que la que dejan los buques españoles, que navegan contra Monzou, y los balleneros ingleses. Toda ingresa en poder del *padú*, que tiene sus dominios sobre el estrecho, y como señor que es absoluto de vidas y haciendas, ejerce el solo el monopolio del tráfico con los europeos; de manera que puede decirse que es el monarca salvaje mas rico que se conoce.

Ajustada la cuenta de los víveres comprados, que ascendió á 417 pesos españoles, y persuadido el intérprete que no se le había engañado ni en la cantidad, ni en calidad de la moneda, celebramos con una gran cena la noche de Navidad, y al día siguiente primero de Pascua, á las cinco de la madrugada, nos dimos á la vela con rumbo al N. E. cuarta al E. en demanda del paso de Salayer.

F. SEPULVEDA.

ESCENAS DE LA VIDA INDUSTRIAL.

AGRACIADOS Y DESGRACIADOS EN EL REPARTO DE PREMIOS DE LA ULTIMA ESPOSICION.



-Huyamos de este pueblo ingrato; en mi provincia al menos hacian justicia á mi mérito.... ¡Corred, lágrimas, cual torrentes!



-Pero señor, ¿por qué habré yo espuesto mi estuche de hacer mondadientes, para llevar este pago?... ¡Oh! país, ¡razon tienen los extranjeros en decir que estas atrasado!



-¡Medalla de bronce nada mas!.. Es una injusticia.
-¿Y qué diré yo que no he sacado nada por mi excelente máquina para moler canamones?



-Consolémonos de nuestra comun desgracia en los brazos uno de otro.
-¡Oh! canal de Manzanares, prepárate á recibirme.
-Estos modernos no saben una palabra.... Con su vapor y sus caminos de hierro.... ¡Oh! tempora ó mores.



-Bien sabia yo que saldria premiado.... ¡Uf... la satisfaccion no me cabe en el cuerpo y temo reventar.



-Papá ¿no me das hoy un beso?
-No, que se puede estropear la medalla.



-La medalla me pertenece á mi que he sido el inventor de la peluca; tú no has hecho mas que los muelles.
-¿Y te parece poco?... Es la mitad del trabajo.
-Pues bien, partiremos la medalla por enmedio.



-Questi spagnoli estar molto borricos.
-Vous avez raison; beaucoup burricos.
Y ambos á dos, autor el uno de un organillo y el otro de una rueda de afilar navajas, emprendieron el camino de su tierra.